

## La pregunta por la tierra, por las tierras pobres

Por Rodrigo Arroyo

*Con la conciencia de un pájaro herido  
que dulcemente muriendo no perdona*

**Pier Paolo Pasolini**

La silueta del pensamiento reside en la escritura que se oculta en las palabras exhibidas, compleja instancia que no podemos sino atisbar como pérdida. Sería una ingenuidad, o más bien una torpeza dejar de tomar en cuenta la creciente profundidad que el lenguaje presenta al adentrarnos en su tejido expuesto, incluso en su tejido oculto, latente, vivo en las sombras, o del otro lado del espejo. Es así, que más allá del lenguaje, la poesía se sostiene como una sensible forma del pensamiento y la crítica; esto es también: la distancia y la disidencia. Y es en esta descripción que *El poema de las tierras pobres* de Jorge González Bastías tiene cabida, pero también nos sitúa y nos convoca. Entregándonos el punto de partida para establecer una reflexión a lo que ha sido el territorio, el entorno, el paisaje, o la forma narrativa que el capitalismo ha establecido sobre el espacio, operando a través de él sobre nosotros. *El progreso celebra victorias pírricas sobre la Naturaleza*, señaló Karl Kraus, indicando que el problema es el problema de la tierra; y cómo ha sido la violencia burguesa con su arribismo y deseo de perpetuarse como oligarquía la que ha estructurado una historia de desplazamientos, modificando siempre, si no cooptando también, la noción de margen. Situación curiosamente idéntica podemos apreciar en lo que torpemente denominamos como escena o tradición literaria, poética. No es posible entonces no comprender esta reedición como una reposición, o un intento al menos, del siempre interrumpido o inexistente diálogo sobre la historia nacional, lo que no es otra cosa sino también hablar de una historia del progreso, de la pobreza, del materialismo, de la violencia y la tristeza, más aún, de la melancolía, que después resonara, *Azotándonos contra la miseria*

*de la riqueza expresándose en el lenguaje emocionante del hormigón-armado, como señaló un Pablo de Rokha desgarrado en Fuego Negro. En otras palabras, de lo que hablamos es del origen de una posible disidencia. Resulta curioso ver cómo el diálogo inconcluso, la palabra omitida, persiste en su deseo y no deja de volver, pareciera que su porvenir es el retorno, su enunciación.*

Ahora bien, más allá que toda categorización nunca contenga lo que aborda, lo que pretende designar, la condición mundonovista que desde el prólogo se le asigna al autor, y que podríamos vincular extensivamente al criollismo, ilustra en parte el contexto histórico y de producción escritural en que González Bastías se sitúa, fuera de todo centro de producción. Veamos: al momento de aparecer editado este libro, en su primera edición, tenían lugar las vanguardias artísticas europeas. Más fino aún, el mismo año André Breton publicaba el manifiesto surrealista. Y las grandes capitales ya habían alcanzado su industrialización, y se recuperaban de una guerra. Acá, y como señala el prólogo se iniciaba la construcción del tren que reemplazaría a las embarcaciones y se canalizaba el río, se abandonaba al río, a la orilla, generándose la problemática entre progreso versus naturaleza. Ahora bien, hagamos el mismo ejercicio a partir de esta reedición: hoy en día toda la irreverencia y transgresión que detentaban las primeras vanguardias, el surrealismo por ejemplo y su deseo de convertir o transformar al mundo, fue cooptado y normalizado, *encauzado* si se quiere, como el río. Mientras, el progreso muestra su cara más brutal, su distancia ya no con la naturaleza, sino con la naturaleza humana. *Esta miseria no es de aquí*, dice González Bastías, y aquello no deja de resonarnos al pensar en Aysén, en Huasco, en los niños de la greda que padecen los residuos de la fundición Ventanas. En los cisnes muertos que la CMPC carga consigo, cadáveres flotando como signos de interrogación desechos. La única pregunta que se nos ocurre es el tan simple por qué, o tratar de dar con el origen de la vulgar y violenta costumbre de ofrecer lo que no se posee, la ostentación. Poner en palabras aquello que las palabras no pueden designar, la debacle del comienzo de un

poema. Visto así, al hablar del *Poema de las tierras pobres* no hablamos de una condición mundonovista, sino de una condición humana. Un atisbo de lo que allí estaba germinando. Así, podemos comprender a partir de estos poemas que el tupido velo nunca fue tupido, la suposición y cobardía, la cabeza gacha y la ilusión ciega del progreso le otorgaron dicha condición, en otras palabras, lo que se oculta de un modo u otro sale a la luz mediante analogías, descuidos, o a través de una insistencia subterránea que busca con afán los intersticios que permitan su aparición; aunque sea nada más en una página, o en un susurro entrecortado.

Este libro no supone, o más bien no propone un abandono, no se permite tal ingenuidad; porque sabemos que no hay salida, sino más bien una vida retirada, sin los aspavientos ni las ilusas esperanzas de aprender a vivir de o desde la literatura, como lo intentarían ingenuamente Bouvard y Pecuchet, menos aún la intención de inscribirnos en ella, no. El retiro exhibe su disidencia en la opción e intereses propios de una vida opuesta a un modelo especulativo.

*No reposa / El hombre de las tierras pobres* señala González Bastías, ante lo cual no podemos dejar de preguntarnos ¿Qué es aquello que la pérdida cobija a través de la palabra? Quizá dicha respuesta resida en la memoria de aquello que no está, en *esa casa abandonada* que González Bastías nos describe desolada, como *un errante rumor de sollozos*. Y es que un territorio dañado no le queda sino apostar su posible pervivencia a la palabra, pues toda interrupción en la historia, genera como réplica otra en la arqueología. Qué memoria ha de resultar, ha de pervivir a la ruina y la destrucción, cuando, por otro lado, la interrupción ha sido la constante. Como señalara Bastías, *Qué tragedia, qué crimen / qué miseria de siglos*. Lo que ronda en los poemas es una pregunta que tiene que ver con cómo dar cuenta en forma vívida de la pobreza sin caer en las imágenes arquetípicas que de ella nos han poblado, no hacerla afiche ni pancarta. Pensar en la pobreza, en la belleza radical de saberse más allá del lenguaje atado a la

escritura, como señaló en su diario de muerte Enrique Lihn, *La vida necesita muy poco del lenguaje.*

Finalmente no podría concluir sin una especie de recuerdo y homenaje al río, a Jorge González Bastías, a través de una breve cita, de la película "Roma" de Adolfo Aristarain, en la que un padre le enseña el uso de los ríos a su hijo, le pregunta: *¿Sabes para qué sirven los Ríos? Si uno está triste, te vas al río, al lado de la corriente y piensas en todo lo que te hace mal. Lo dices en voz alta, lo tienes que decir como si tiraras todo al río y vas a ver como el agua se lo lleva todo.*

Valparaíso-Curicó, *otoño* del 2013